



MAQUIAVELO TENÍA RAZÓN

KEN SALAZAR SE LA PONE FÁCIL A AMLO

Por Koldo Herria*

"Un príncipe que tenga una ciudad fuerte y no se haga odiar, no puede ser atacado, y si de todos modos hay alguien que lo ataque, se irá con vergüenza..."

El Príncipe

El embajador estadounidense Ken Salazar (tocayo del novio de Barbie) se la puso fácil al presidente López Obrador.

Si como dicen que decía Jesús Reyes Heróles: "todo lo que resiste, apoya", en el caso del jefe de la misión diplomática gringa sus dichos dotan de fuerza a la decisión del mandatario mexicano y de mayores elementos retóricos a su discurso en torno a la reforma judicial en proceso. Ken Salazar, como diplomático, ha sido un hábil vaquero. Hace suertes charras, es amigo del caporal, del capataz y del resto de quienes rondan la fiesta y, algo inusual entre embajadores, se dirige con frecuencia a la plaza pública.

No es un diplomático en la intimidad.

Ahora, parece ser que le enmendaron la plana en Casa (Blanca). Una semana manifestó respeto al proceso de reforma judicial, además de apoyar sus objetivos, pero cuando reaccionan sociedades de inversionistas y agencias calificadoras con preocupación, a la semana siguiente se ve obligado a actuar según su deber: defender los intereses que representa.

Estados Unidos no tiene amigos, tiene intereses. Sus embajadores solo son amigos del presidente gringo que los nombra y su deber es defender sus intereses.

No tiene por qué no ser así. La fábula del alacrán y la ranita, que describe la relación entre periodistas y políticos, también aplica a los embajadores de todo el mundo, pero con énfasis en los del vecino del norte. No pueden ser amigos, está en su naturaleza.

Es una característica que a veces no saben u olvidan políticos de todos los partidos, líderes de opinión y personalidades que son acercadas, seducidas, sonsacadas en la mesa de Salazar o del embajador en turno. Debería haber un curso propedéutico para mandos medios y superiores de la administración pública y líderes de partidos para gestionar esas relaciones.

El caso es que Ken, con todo y sombrero, hizo visibles sus entradas a Palacio Nacional, al grado que se logró transmitir la imagen de cercanía y "amistad" con el presidente. Indudablemente, esa comunicación directa y fluida debió de facilitar mensajes relevantes en momentos cruciales, pero llegó a su límite en varias ocasiones, la más evidente con la postura oficial de cuestionamiento y crítica por la forma y fondo de la reforma al poder judicial.

Ha sido constante y consistente el intervencionismo que los embajadores estadounidenses han ejercido en la política mexicana con distinta intensidad: han solapado o facilitado violaciones a los derechos humanos, han manipulado a líderes de distintos partidos, de distintas iglesias, de más de una organización social, buscando siempre consecuencias favorables y duraderas a sus propósitos de corto, mediano y largo plazos.

Sería ingenuo pensar que cuando el Departamento de Estado (jefatura de las embajadas) dedica fondos para "fomentar la democracia", "fortalecer a la sociedad civil" o "luchar contra la corrupción" lo hacen por un objetivo superior colectivo y no porque se enmarcan en un diseño sobre el área de influencia que desean sostener o ampliar. Así lo hicieron con las disidencias sindicales en el México de los años 60 y 70, así fue con Alianza Cívica y las primeras oenegés pro-transición en ochentas y noventas.

Así lo hacen ahora con Mexicanos Contra la Corrupción (entre otras).

Una de las consecuencias del injerencia se ve reflejada en las implicaciones culturales y sociales que ha tenido en nuestra identidad nacional propiciando un profundo sentido de desconfianza y resistencia aumentado por la forma como se trata a nuestros emigrantes y el discurso de odio de Donald Trump y seguidores.

Si Ken Salazar cuestiona la reforma judicial, el gobierno apela a valores nacionalistas y el pueblo afianza su apoyo.

Sería un error menospreciar el nerviosismo del capital, sobre todo el especulador de rápida movilidad, pero también el de los fondos de inversiones.

Sin embargo, los actores económicos no tienen valores democráticos, se adaptan a cualquier estado de derecho y realmente no les importa si destruyes el ecosistema o produces tecnología para bombardear Gaza.



Presionan ahora, se adaptarán después, porque lo que no pueden hacer es cambiar a México de lugar.

En eso consiste la principal ventaja de la relocalización: nuestra ubicación.

Lo que sí es un error por parte de los opositores mexicanos es festejar a Ken porque pone en evidencia los intereses que defienden.

Si una de las tesis esgrimida para someter a votación la forma de elegir jueces, magistrados y ministros es para separar al poder económico del poder judicial, el apoyo gringo a la posición opositora frente a la reforma empata intereses y le da la razón pública a AMLO.

El injerencismo estadounidense, siempre presente, ha mutado y cambiado de piel.

Estuvo más o menos del lado liberal durante la Reforma, con John B. Verplank o con William H. Seward, quien apoyó la resistencia mexicana contra la intervención francesa.

Notorio fue Henry Lane Wilson, con peor fama que la de John D.

Negroponte, fue golpista contra Francisco I.

Madero y apoyó a distintos grupos revolucionarios. Así, agazapados o visibles, han transcurrido distintos jefes de misión coordinando las representaciones diplomáticas de las agencias de seguridad y espionaje, cabildeando a políticos, fomentando negocios o, incluso contrayendo matrimonio, como Tony Garza con la empresaria más acaudalada y valiente del país, Asunción Aramburuzabala.

La de más grata memoria, por la sutileza e inteligencia en su influencia, fue la embajadora Roberta Jacobson.

Ken está a tiempo para, como su tocayo, el personaje de la película de feminismo rosa para multitudes, recapacitar.

Aún puede tender lazos para afianzar la relación que es una forma más eficaz y menos estridente para representar los intereses del capital y del gobierno que lo tienen aquí.

Libros: "Embajadores de Estados Unidos en México. Diplomacia de crisis y oportunidades" (Colmex-SRE) Roberta Lajous, et al. Quince diplomáticos, historiadores, internacionalistas exploran la gestión de diecisiete embajadores estadounidenses. "El oso y el puercoespín" (grijalbo) Jeffrey Davidow. Interesante testimonio de su paso como embajador (1998-2002).

Una serie: "Diplomática" (Netflix). En octubre se estrena la segunda temporada de esta serie inteligente sobre conflictos internacionales desde la perspectiva diplomática estadounidense.

Un podcast: Voces sin fronteras (Embajada de Estados Unidos). Podcast oficial. En el primer episodio se presenta Ken Salazar.

*koldoherria@hushmail.com

X@koldoherria